

Hacia una infancia de nuestra historia nacional.
Las batallas en el desierto, de José Emilio Pacheco

RESUMEN

Este artículo es un estudio de las narrativas dominantes que estructuraban las diversas esferas de la vida política, social, íntima y espiritual del México de los años cincuenta, tal como las presenta la novela *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco. Particularmente, analiza la figura de la infancia (en el personaje de Carlitos) como una instancia resistente a dichas narrativas, y por lo mismo, como una figura crítica privilegiada de los discursos adultos de autoridad (la religión, la política, la raza, la clase social, la moral). El autor postula, por medio de una comparación con estudios científicos sobre los efectos en los niños de los esquemas narrativos totalitarios impuestos por los adultos (la religión), que dichos efectos no son una pura invención o construcción literaria, sino una realidad global a cuya crítica y estudio la literatura puede aportar mucho.

PALABRAS CLAVE: JOSÉ EMILIO PACHECO, INFANCIA, NARRATIVAS DOMINANTES, MÉXICO AÑOS CINCUENTA.

ABSTRACT

This article focuses on the dominant narratives that shaped the political, social, intimate and spiritual life of Mexico during the fifties as they are represented in the novel *Las batallas en el desierto* by Jose Emilio Pacheco. More specifically, it analyzes the figure of childhood (embodied in the main character, Carlitos) as an instance of resistance to such narratives, and, by the same token, as a privileged figure of critique of the adult discourses of authority (religion, politics, race, class, and moral). The author states, through a comparison with scientific studies on the effects of totalitarian narratives instilled by adults in children (i.e. religion), that such effects are not merely a literary invention or construction, but a global reality that is also bring forward and deconstructed by literature.

KEYWORDS: JOSE EMILIO PACHECO, CHILDHOOD, DOMINANT NARRATIVES, MEXICO DURING THE FIFTIES.

Recibido el 7 de enero de 2011 en la redacción de la *Revista de El Colegio de San Luis*.
Enviado a dictamen el 7 de febrero de 2011. Dictámenes recibidos el 18 de febrero de 2011.
Recibido en su forma definitiva el 26 de febrero de 2011.

HACIA UNA INFANCIA DE NUESTRA HISTORIA NACIONAL. *LAS BATALLAS EN EL DESIERTO*, DE JOSÉ EMILIO PACHECO

ALEJANDRO ZAMORA*

De manera general, podemos decir que la crítica en torno a esta debatida novela de José Emilio Pacheco ha tenido tres acercamientos distintos a la obra. El primero sería un enfoque histórico-literario o filológico que se ha ocupado de estudiar sus aspectos propiamente novelísticos (construcción, técnica, procedimientos, fuentes, intertextos, etcétera), así como su lugar, el de su autor y la trayectoria de este último en el contexto de la producción literaria mexicana (Verani, Poniatowska, Ruffinelli, Glantz). El segundo sería una lectura político-social, que ve en la obra una narrativa preocupada por diversos problemas del México moderno, tales como los conflictos de poder, las tensiones ideológicas y de clase, lo local versus lo extranjero, las transformaciones de la urbe (Friis, Sánchez Prado, Barrantes). Finalmente, tendríamos los enfoques críticos comparativos que la ubican en el contexto de problemáticas o tradiciones literarias más allá de su contexto nacional, tales como el *Bildungsroman* o novela de formación (Martinetto); o bien en el contexto de tópicos tales como el de *coming of age* o pérdida de la inocencia (Alatríste), o el del desencanto por el paraíso perdido (Trejo Fuentes), entre otros. Cabría agregar que estos tres tipos de lectura (histórico-literaria, político-social y comparativa), no han sido recíprocamente excluyentes, y que en conjunto constituyen un cuerpo crítico de gran valía —que sin duda hace justicia a esta emblemática novela mexicana—.

En las siguientes páginas, mi intención, ahora, es ubicar esta novela en el contexto de una problemática literaria específica que podríamos llamar global, pero que sin embargo no ha sido todavía estudiada como tal en su conjunto. Me refiero a la novela de la infancia, entendida como un proyecto crítico de los presupuestos básicos de la modernidad occidental, de sus narrativas totalizadoras, de sus dicotomías fundamentales. Me refiero, también, a la construcción de la infancia como una figura literaria que reclama otras posibilidades de experiencia de la vida y de la interacción humana negadas, o ni siquiera advertidas, por las estructuras básicas de la vida social, política, personal e íntima. En este sentido, *Las batallas en el desierto* comparte un contexto comparativo con obras tan aparentemente dispares —sólo

* York University-Glendon Campus (Toronto, Canadá).

aparentemente— como *El tambor de hojalata*, de Günter Grass; *Ferdidurke*, de Witold Gombrowicz; *Duelo en el paraíso*, de Juan Goytisolo; o *Allah n'est pas obligé*, de Ahmadou Kourouma (todavía no traducida al español).¹ Novelas, todas estas, que logran someter el universo predador y represivo de los adultos, sintetizado en situaciones históricas concretas, a una perspectiva “infantil”,² en la que los autores proyectan un deseo de formas de vida más creativas, más libres, más estéticas.

Dentro de este amplio marco, el aspecto concreto en el que me propongo centrar mi estudio de la novela de Pacheco es el de la función de las narrativas dominantes (adultas, claro) en los niños, y en la creación de ciertas figuras infantiles —en este caso, el personaje de Carlos— como elementos de resistencia a estas.

Entiendo como “narrativas dominantes” a esos grandes esquemas narrativos adultos que vehiculan una educación, un sistema de valores, una moralidad, y que buscan inscribir identidades esencialistas en los individuos desde la edad más temprana posible. Es fundamental, para los propósitos de esta investigación, mostrar el funcionamiento de estas narrativas no como una invención o construcción literaria, sino como una realidad global, para, de esta manera, hacer hincapié en el potencial crítico (político, social, ético), de una novela como *Las batallas en el desierto*. De manera que empiezo con un ejemplo ajeno a la literatura, pero que explica al punto lo que quiero y que además está en perfecta consonancia con el tema de la novela que me ocupa.

El médico y antropólogo evolucionista John Hartung, en su artículo “Love Thy Neighbor: The Evolution of In-Group Morality”, discute algunos pasajes bíblicos para ilustrar su tesis, según la cual la moralidad es un sistema de valores cuyo fin implícito es, en realidad, político: tiene como propósito fortalecer al grupo específico al que se pertenece exacerbando las diferencias con respecto a los que no.

En dicho artículo, Hartung se refiere a un estudio llevado a cabo por el psicólogo George Tamarin entre un grupo de más de cien niños israelíes de entre 8 y 14 años. Tamarin relató a los niños el pasaje bíblico de la batalla de Jericó, en el que Josué dice a sus seguidores que el Señor les ha dado dicha ciudad, que esta debe ser destruida por completo, y que todo lo que hay en ella debe ser consagrado a Dios. Y así, “pasaron por el filo de la espada todo cuanto había en ella: hombres y mujeres, niños y

¹ Así, el presente estudio de la novela de Pacheco forma parte de una investigación interdisciplinaria mucho más amplia que involucra, entre otras, las novelas mencionadas.

² Ya veremos, más abajo, que esta “infancia” no se refiere aquí a una edad o a una etapa en la vida de las personas, sino a una figura literaria que le permite al autor la exploración de un universo de posibilidades y de experiencias imposibles de concebir dentro de los esquemas convencionales de la vida adulta.

ancianos, vacas, ovejas y asnos. [...] Después incendiaron la ciudad y todo lo que había en ella, salvando únicamente la plata, el oro y los objetos de bronce y de hierro, que fueron depositados en el tesoro de la Casa del Señor” (*Biblia*, Josué 6: 16-19) (como se ve, la orden de salvar a la prostituta Rajab y su familia fue omitida para este estudio). Después de relatar el episodio, la pregunta que Tamarin hizo a los niños fue la siguiente: “¿Creen ustedes que Josué y los israelíes actuaron bien o no?”. El resultado fue el siguiente: 66 %, aprobación total; 26 %, aprobación parcial; 8 %, desaprobación total. Posteriormente, el mismo estudio fue llevado a cabo entre un número igual de estudiantes de la misma edad y en el mismo contexto. La única diferencia fue que el nombre de Josué cambió por el de general Li y el de Israel por el del Imperio chino hace tres mil años. En este caso, la desaprobación de los niños a la conducta del general Li fue casi unánime (sólo siete por ciento de los niños la aprobaron).

Es sumamente interesante la diferencia de actitud en los niños, y cómo su identidad nacional-religiosa cede a valores más intuitivos y naturales de respeto y justicia todavía activos a esa edad, aun tratándose de agentes extranjeros (como el general Li), cuando la misma historia se presenta como eso: una simple historia, desligada de las narrativas universalistas, pletóricas de principios totalizadores, en que fueron educados.³

No es un problema de una religión específicamente, me apuro a precisar. De hecho, otras preocupaciones recientes sobre la exposición de los niños y los jóvenes a las narrativas totalizadoras de los adultos, pueden apreciarse en contextos católicos —por ejemplo, en la película *Liam*, de Stephen Frears (2000)—, o incluso en un contexto laico —como es el caso de la película *The Wave*, de Dennis Gansel (2008), basada en el experimento *The Third Wave* llevado a cabo en 1967 por el profesor Ron Jones en un *high school* de California. También estoy seguro de que si el experimento se hubiera hecho entre niños chinos, en un contexto chino, la reacción del general Li hubiera sido también muy popular, en contraposición a la de Josué en Jericó. Lo mismo podría pasar entre un grupo de niños soviéticos, por decir, en los años más tensos de la guerra fría, si en lugar de Josué o el general Li habláramos de un general ruso en una ficticia invasión a Estados Unidos. En cualquier caso, el ejemplo ilustra bien lo que entiendo por exposición de los niños a las narrativas adultas.

³ De hecho, un creciente número de evidencias científicas confirman la existencia de un sentido moral innato en todos los seres humanos (Hauser, Ridley). Esto, claro, se opondría de forma radical a las teorías fundacionales de Freud, Piaget y Lawrence Kohlberg, entre otros, quienes insistentemente han sostenido que el humano nace como un animal amoral, en espera de ser moldeado por su cultura.

He citado el estudio de Tamarin en Israel justamente porque la determinación de los niños por medio de estas narrativas de los adultos es el problema central de *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco. En este sentido, concuerdo plenamente con el crítico Ignacio M. Sánchez Prado, en cuanto a que el tema fundamental de la novela no es ni la nostalgia por la niñez ni la añoranza por la ciudad perdida, como ha asumido una buena parte de la crítica alrededor de esta obra (2003: 392), sino la violencia ejercida a dicha niñez por los diversos procesos de disciplinamiento a que es sometida. Procesos cuyo origen, agrego yo, serían estas narrativas que la literatura, como veremos en seguida, se ha visto en la necesidad tanto de reconstruir en contextos específicos, como de resistir a partir de figuras que reclaman una experiencia de la vida íntima y social menos determinada por esos relatos trascendentes.

Ya desde el título de la novela se alude a un juego de niños inspirado en guerras de religión. *Las batallas en el desierto* es de hecho el juego que jugaban los compañeros de Carlitos, en el patio de la escuela. La trama se lleva a cabo en los años del periodo presidencial de Miguel Alemán (1946-1952). En aquellos años, acababa de establecerse Israel y había guerra contra la Liga Árabe. Entonces, la diversión de los niños consistía en formar dos grupos que representaban cada uno de los bandos para jugar a matarse. Lo interesante es que estos juegos tenían su correlato real, con su odio real, en la vida cotidiana del colegio: “Los niños que de verdad eran árabes y judíos sólo se hablaban para insultarse y para pelear” (13). Aquí tenemos la primera narrativa totalizadora que se nos presenta determinando a los niños: la religión. Pero el título de la novela también alude, simbólicamente, a muchas otras batallas, todas en el desierto, todas fundadas en otras grandes narrativas adultas, que comentaremos en seguida.

Carlitos se hace amigo de Jim, un compañero de escuela de quien los demás compañeros se burlaban por diversas razones. Una de ellas era que presumía ser hijo de uno de los hombres más poderosos del gobierno del presidente Miguel Alemán. El muchacho a menudo llevaba recortes de periódico donde aparecía su padre junto al mandatario para mostrarlos a sus burlones compañeros, como prueba fehaciente de su superioridad. Aquí aparece otra de las narrativas adultas que están determinando la identidad de los niños: el poder político, y el estatus social de la clase que lo compone. Toda una narrativa, complejamente articulada, que los niños absorben y, aunque no puedan, a su vez, articular en toda su complejidad, les basta para asumir una actitud, un comportamiento y determinados valores. Lo cierto, sin embargo, era que Jim y su madre, Mariana, vivían solos en un departamento más bien popular y no con el padre en una casa de las Lomas. Así pues, otra de las razones para burlarse

del niño, aunque no se la echaban directamente en cara, era que Mariana, más bien, era la querida —o una de las queridas— del poderoso señor. Otra narrativa más: el valor de la mujer supeditado al reconocimiento del hombre; el matrimonio y la familia patriarcal como únicos garantes del valor de la mujer y de sus hijos.

Pero Carlos es, de alguna manera, refractario a esas narrativas. Por ejemplo: no juega a las batallas en el desierto, y además, asegura, “Jim se ha hecho mi amigo porque no soy su juez” (20). ¿Por qué no es su juez, nos preguntamos, si pertenece a una familia, si escucha y ve a sus padres y a sus hermanos repetir incesantemente (con sus actos, con su actitud, con su educación) esas narrativas; repetir las en su vida cotidiana, en sus actitudes, en sus juicios constantes (“una mujer decente no debe salir de su casa” [17]); si los ve estructurar sus vidas en torno a ellas y exigir que el resto de la sociedad haga lo mismo? ¿Por qué Carlos, igualmente niño, igualmente expuesto a ellas (“mi madre no veía sino el estrecho horizonte que le mostraron en su casa” [22]), se ha hecho amigo de Jim, y lo defiende y reconoce su valor como persona? Más aún: ¿por qué también es refractario a las narrativas de raza y nacionalidad, si también vive entre ellas? “En mi casa está prohibido el tequila, le escuché decir a mi tío Julián. Yo nada más sirvo whisky a mis invitados: hay que blanquear el gusto de los mexicanos” (12). ¿Por qué entonces Carlos en su escuela es capaz de reconocer el valor de niños extranjeros; de niños con rasgos indígenas, también objetos de burla y escarnio general entre sus compañeros?

Una tarde, Jim lo invita a su departamento para mostrarle los juguetes inusitados y para ofrecerle la comida empacada que compran en sus viajes a San Francisco, prueba irrefutable de su superioridad, de su cercanía al paraíso del mundo, los Estados Unidos de América (otra narrativa más), que en este momento empieza su colonización imperialista del imaginario y del “mundo de la vida” (para emplear el concepto de Jürgen Habermas) de todos los mexicanos, así como de la economía nacional.

Y es esa tarde en el departamento de Jim cuando Carlos conoce a su madre, Mariana, y se enamora fulminantemente de ella: sin términos medios, sin explicación posible. Ante la perturbación provocada por ese poderoso sentimiento, inédito en su vida, Carlitos se pregunta:

¿Qué va a pasar? No pasará nada. Es imposible que algo suceda. ¿Qué haré? ¿Cambiar de escuela para no ver a Jim y por tanto no ver a Mariana? ¿Buscar a una niña de mi edad? Pero a mi edad nadie puede buscar a ninguna niña. Lo único que puede es enamorarse en secreto, en silencio, como yo de Mariana. Enamorarse sabiendo que todo está perdido y no hay ninguna esperanza (27-31).

Eso, “en secreto”, “en silencio”. Lo que vemos aquí, en cambio, es que no hay narrativa alguna que le haga eco o en la cual se pueda inscribir lo que el muchacho experimenta como muchacho, como niño. Su familia, su sociedad, su cultura, provee a los niños de narrativas para odiar a los compañeros que no compartan la religión de sus padres, la clase social de sus padres, la nacionalidad de sus padres, la ideología de sus padres, el estado civil de sus padres, y para integrar ese odio a su vida de niños en forma de batallas en el desierto: de rechazos, de burlas, de discriminaciones reales. Dicho de otro modo, son niños que ya son un poco sus padres, que ya son un poco adultos. En cambio, cuando se trata de sentir, de experimentar como niños, sin el marco de una narrativa adulta que los determine, pero también que los acoja; dicho de otro modo, cuando se trata de ser niños en el mundo de los adultos, lo que hay es el silencio, el secreto que vive Carlos en su universo de soledad sin referentes. Lo interesante aquí es que, en lugar de cambiarse de escuela o de buscar una niña de su edad, es decir en lugar de someterse a los valores de las narrativas adultas, “Volví a ser niño y regresé a la plaza Ajusco a jugar solo con mis carritos de madera” (33). Como si la vuelta a la niñez o el apegarse a ella fuera la única forma de preservar y defender de valores hostiles, su sentimiento por Mariana.

La niñez, pues, como refugio. No sólo de ese sentimiento, sino también de cierta dignidad humana que reclama la novela. Una dignidad asociada a ciertas potencialidades vitales del niño. Una dignidad que la alienación adulta (alienación moral, de género, religiosa, ideológica y de clase) vuelve imposible en los adultos o a los ojos de los adultos. Corrijo, entonces: la niñez, más bien, como resistencia.

Perturbado, pues, por sus emociones, en un acto de transparencia y desesperación, Carlitos se escapa una mañana de la escuela y va a declararle su amor a Mariana. Porque ser refractario a los relatos adultos implica, sí, vivir en la soledad, y sin explicación, los sentimientos que en tal condición emergen, pero también implica, así sea de una forma puramente intuitiva, no juzgar dichos sentimientos desde los valores que suponen en su contexto social. “Pensé que [Mariana] iba a reírse, a gritarme: estás loco” (37), nos dice Carlos al recordar el momento de titubear, apenarse, disculparse, dar algunos rodeos, y, finalmente, confesarse: “Lo que vengo a decirle —ya de una vez, señora, y perdóneme— es que estoy enamorado de usted” (37). Pero no, Mariana no se rió, ni lo echó a la calle, ni lo acusó con sus padres o con su profesor. Y la frase de Carlos es reveladora: “Temí todo esto: lo natural” (38). Exactamente, lo *natural*, lo normal entre los adultos es lo que era de temerse. La carga moral, la connotación del hecho, su explicación según las narrativas adultas.

Pero no, en vez de lo normal, de lo natural para los adultos, la madre de Jim le toma la mano y, con una tristeza honda, maternal, conmovida, le explica que *eso* no es ridículo, ni tonto, ni absurdo, sino sencillamente que es imposible:

Te entiendo, no sabes hasta qué punto. Ahora tú tienes que comprenderme y darte cuenta de que eres un niño como mi hijo y yo para ti soy una anciana: acabo de cumplir veintiocho años. De modo que ni ahora ni nunca podrá haber nada entre nosotros. ¿Verdad que me entiendes? No quiero que sufras. Te esperan tantas cosas malas, pobrecito (38).

En efecto, le esperaban. Porque ese reconocimiento, ese “te entiendo no sabes hasta qué punto”, fue único e irreplicable. Al salir del departamento lo esperaba, ahora sí, lo normal, lo natural en el mundo en que vivía. Porque, como sabemos, la ausencia de Carlos en la escuela fue notada, y el profesor habló a su casa, y cuando la búsqueda resultó infructuosa, Jim sugirió que tal vez podría estar en su casa, con su madre. “¿A estas horas?” Sí, y aquí entra otra vez la maquinaria entera de las narrativas totalizadoras, incluso en boca de los muchachos (más batallas en el desierto): “Carlitos es un tipo muy raro. Quién sabe qué se trae. Yo creo que no anda bien de la cabeza. Tiene un hermano gángster medioloco” (39).

Ese fue Jim, su “mejor amigo”. Siguió su propia madre: “Nunca pensé que fueras un monstruo. ¿Cuándo has visto aquí malos ejemplos? [...] El que corrompe a un niño merece la muerte lenta y todos los castigos del infierno. Anda, habla, no te quedes llorando como una mujerzuela” (41). Luego el padre: “Este niño no es normal. En su cerebro hay algo que no funciona. Debe de ser el golpe que se dio a los seis meses cuando se nos cayó en la plaza Ajusco” (41).

Y después, dos grandes discursos de autoridad: el cura y el psiquiatra, cada uno determinado por sus respectivas narrativas. El cura, al momento de la confesión:

¿Estaba desnuda [la madre de Jim]? ¿Había un hombre en la casa? ¿Crees que antes de abrirte la puerta cometió un acto sucio? Y luego: ¿Has tenido malos tactos? ¿Has provocado derrame? No sé qué es eso, padre. Me dio una explicación muy amplia. Luego se arrepintió, cayó en cuenta de que hablaba con un niño incapaz de producir todavía la materia prima para el derrame (43).

Después, tenemos el debate de los psiquiatras luego de aplicarle la prueba de Rorschach:

Es un problema edípico clarísimo, doctor. El niño tiene una inteligencia muy por debajo de lo normal. Está sobreprotegido y es sumiso. Madre castrante, tal vez escena primaria: fue a ver a esa señora a sabiendas de que podría encontrarla con su amante. Discúlpeme, Elisita, pero creo todo lo contrario: el chico es listísimo y extraordinariamente precoz, tanto que a los quince años podría convertirse en un perfecto idiota (46).

Se trata de dos discursos de autoridad, el del cura y el de los psiquiatras, inapelables, rotundos y que, cosa interesante en este contexto, no son recíprocamente excluyentes. No lo son puesto que el chico, por orden de la madre, debe someterse a uno, y por orden del padre, al otro. Así, la psiquiatría viene a funcionar como otra de las grandes narrativas totalizadoras, a la par de la religión, sólo que con carta de autoridad científica. Como lo señalara Michel Foucault en su momento, la psiquiatría nunca ha sido un saber generado y aplicado al margen de relaciones de poder, sino que ha estado profundamente envuelta en ellas —por ejemplo, al momento de determinar lo que es normal y lo que no (1999: 20-28)—. Una facultad, claro, que igualmente detenta la Iglesia.

Por último, siguió Héctor, el hermano mayor orgulloso de sus proezas sexuales en la universidad y de su asedio a las empleadas domésticas de la casa:

Te vaciaste, Carlitos. Me pareció estupenda puntada. Mira que meterte a tu edad con esa tipa que es un auténtico mango, de veras está más buena que Rita Hayworth. Qué no harás, pinche Carlos, cuando seas grande. Haces bien lanzándote desde ahora a tratar deoger, aunque no puedas todavía, en vez de andar haciéndote la chaqueta (48).

Ésta es, claro, otra narrativa dominante entre hombres: el donjuanismo, un caso típico de afirmación masculina en una cultura machista y patriarcal.

Como vemos, nada de lo que dicen y asumen los amigos, la madre, el padre, el cura, el psiquiatra y el hermano, explica a Carlos, ni sus sentimientos, ni sus intenciones. Ninguno de esos discursos de autoridad, mayoritarios, privilegiados, poderosos, son suyos, ni él puede, tampoco, apropiárselos. Hacerlo sería denigrante. Implicaría asumir la locura que le imputa Jim, la monstruosidad que le imputa la madre, el trastorno cerebral que le imputa el padre, la suciedad del alma que le imputa el cura, la anormalidad que le imputan los psiquiatras, o la morbosidad sicalíptica que le celebra el hermano. Carlos no se ajusta a ninguna de estas narrativas. Ninguna de ellas lo explica, lo reconoce, lo entiende. No obstante, determinan todas las esferas de la vida social, política, íntima y espiritual del México de los

cincuenta (que no difiere tanto del presente). La prueba es que para todos los demás, son suficientes, irrenunciables, tienen efecto de verdad: proveen la materia de sus certezas; producen y alimentan sus prejuicios; determinan sus valores, sus actos, sus afectos, sus leyes; explican los fenómenos que ven. Y sobre todo, como hemos visto entre tantas batallas en el desierto, determinan a los otros niños. Pero no a Carlos. ¿Por qué?, me pregunto nuevamente, ¿por qué a él no?

Porque entre todas esas grandes narrativas totalizadoras, Carlitos, el personaje “niño”, es, él mismo, una narrativa: su propia narrativa, individual, única, minoritaria, cincuenta años más tarde. Ya Vittoria Martinetto ha señalado cómo el relato adquiere, en este sentido, la dimensión de un mito personal que asume y vehicula valores individuales como una forma de sublimar el acontecimiento traumático y crudo de la historia real del México de los cincuenta y los legados de su burguesía conservadora, religiosa, patriarcal (2003: 331). En realidad, Carlitos es una construcción del recuerdo y la escritura de Carlos, el adulto que escribe su historia cinco décadas más tarde. Una construcción que también se vuelve, si queremos, una narrativa personal, materializada en la creación literaria, en la propia escritura de Carlitos mismo y de su historia, en la que convergen la perspectiva crítica del adulto que escribe y reinventa su recuerdo, y la experiencia inocente, creativa, honesta del niño que lo vive. Un recurso ya analizado por Hugo J. Verani al que el crítico llama “disonancia narrativa” (1993a: 263).

Yo agrego que dicho recurso y dicha dimensión de mito personal, implican una voluntad de comprensión y de crítica fuera de las tendencias de pensamiento dominantes que interactúan con los esquemas sociales, culturales y políticos representados. Pensar como adulto pero buscando el sentimiento y la visión de un niño, como hace el narrador de esta novela, es un proceso escritural que podríamos llamar, siguiendo a Gilles Deleuze (1996), un *devenir* niño.

El filósofo francés habla de ciertas literaturas como un proceso de *devenir minoritario*. Explica, por ejemplo, que la escritura de *Moby Dick* entraña un “devenir animal”, que es un devenir minoritario en un mundo en el que, mayoritariamente, lo humano se define por la razón, la medida y el dominio de sí. Explica también que *El amante de lady Chatterley*, entraña un “devenir mujer”, que es un devenir minoritario en un mundo dominado por narrativas masculinas. Así, la escritura de ambas novelas nos lleva más allá de los relatos dominantes en los cuales Ahab sería un obsesionado casi irracional y lady Chatterley una aristócrata adúltera, para en cambio confrontar los límites reconocidos de lo humano y lo animal, o del ser hombre y el ser mujer, más allá de lo que puedan determinarlo los roles

sociales que estamos obligados a encarnar (54-7, las traducciones son mías) y de las grandes narrativas que tradicionalmente separan, definen y norman cada uno de esos términos. Ahí está el “devenir”.

De igual manera, en el caso de Pacheco, lo mayoritario sería ser un muchacho perverso, influenciado por un hermano obsesionado por el sexo e inducido por una prostituta. Lo mayoritario sería que, por obra del pecado original, el demonio le hubiera tendido una trampa para apartarlo de Dios; o bien que se trate de “un problema edípico clarísimo”, como aseguran los psiquiatras. Cualquiera de esas explicaciones estaría sostenida por tradiciones prestigiosas, comprensibles, determinantes, y, sobre todo, adultas. Pero no: *Las batallas en el desierto* entraña también un devenir: un devenir niño, un devenir minoritario en un universo en el que la adultez constituye la norma. Es la norma, incluso, entre los niños, que han absorbido las narrativas adultas y juegan sus batallas de religión y ejercen su racismo, sus menosprecios, su machismo y sus complejos de clase, tal como el mundo adulto lo hace y lo enseña.

Devenir no es partir de un término y llegar a otro. No es alguien quien deviene algo (niño, animal, mujer o lo que sea): ni los personajes ni el autor ni el lector. Tal como lo explica Deleuze, no hay sujeto en el devenir. Es un fenómeno entrañado en la escritura y la lectura, un “ir hacia” (1996: 55). Y eso es la historia de Carlos: un ir hacia la niñez, una voluntad de niñez, entendida no como una edad, ni como un estado psíquico, ni como una etapa en el desarrollo del hombre, sino como una posibilidad de experiencia de la vida más allá de las grandes tradiciones que la predefinen. Un fenómeno, en este sentido, que recuerda mucho al proyecto nietzscheano de liberación espiritual a partir de la figura de niños, reiterado en diversas obras suyas. Baste mencionar, por ejemplo, que para Zaratustra, el niño debe ser la tercera metamorfosis del alma en un proceso de liberación del “error metafísico” de la civilización occidental. Sólo la experiencia lúdica y despreocupada de la existencia propia de los niños, asegura el profeta, puede permitirnos regenerar valores inmanentes a la existencia misma (1972: 37-8).⁴

Éste es el reclamo latente de la novela de José Emilio Pacheco. Se logra a partir de un proceso en el que un adulto de sesenta y tantos años incorpora, mediante la escritura, una perspectiva y una voz infantiles —un ir hacia la niñez, un devenir niño— necesarios para lograr una crítica que sólo en ese proceso de inversión era posible.

⁴ Todavía cabe agregar que, bajo la figura de Dionisio, la infancia juega un papel importante en su idea de la justificación estética de la existencia (Nietzsche, 1989: 11-23).

De inversión, digo, porque normalmente son las narrativas adultas las que fuerzan la niñez hacia su mundo (sus valores, sus estructuras), como se ve claramente en el ejemplo de los niños de Israel a las que aludí más arriba. Pero aquí, en las ruinas de una modernidad fallida por la que apostamos todo, *locus* enunciativo de la novela misma, tenemos un caso invertido: un adulto, el Carlos que narra la historia, forzando su adultez hacia el universo del niño, en un lugar común de encuentro que es la escritura. Así, Carlos-Carlitos (este hombre de cincuenta y tres años que escribe la historia y este niño de primaria que la vive) es una función de dicha escritura, un *agenciamiento* verbal, para volver a un término caro a Deleuze (*agencement*), entre ambos que se alían en un proyecto crítico (la novela) para mostrar verdades y matices imposibles de formular desde cualquier forma de discurso dominante, mayoritario, estatuido, así sea religioso, moral o científico. He aquí la especificidad crítica de la novela.

Las batallas en el desierto, desde su publicación en los años ochenta, se volvió una novela de culto en México, independientemente de su impacto en nuestra historia literaria. Es, no obstante, un discurso minoritario en el panorama muchas veces grandilocuente, o pretendidamente grandilocuente, de nuestra literatura contemporánea. Está al margen de *booms*, *boomerangs*, *craks*, *crashes*, y otras estridencias gremiales semejantes, cuya resonancia tanto nos gusta, tanto nos da la impresión de una literatura de aparador, de una literatura importante. Importante o no para la historia de la literatura nacional, lo cierto es que, así, en voz baja, tal vez por eso mismo, se hizo una novela de culto. Yo me pregunto si esto no será así porque entre los lectores de la obra, en las ruinas de esa historia nacional que se entrevé en el relato mismo, hay también una voluntad de devenir minoritarios (todo acto de lectura es, en varios sentidos, un devenir minoritario). Una voluntad, quizá, de devenir, en cierto modo, niños, como un contrapeso a esas grandes narrativas delirantes de modernidad, progreso, universalidad que han sido el discurso político mexicano y su historia oficial, y que han generado una buena cantidad de batallas, la mayoría perdidas, en el desierto que va quedando de México. Yo me pregunto, pues, si no será una novela de culto, también, porque busca, en la sinceridad de una figura infantil, en su valentía desvalida, en su apertura sin prejuicios morales a la vida, una infancia de México y de nosotros mismos, lectores adultos. Una infancia al margen de toda estridencia; una infancia que, más que todos nuestros “logros”, nuestros “héroes” y nuestras “glorias”, nos hubiera gustado que perdurara como lo mejor de nosotros mismos y de nuestra historia nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- ALATRISTE, Sealtiel, 2009, "José Emilio", en *Revista de la Universidad de México*, Nueva época, núm. 64, junio, <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/64/alatraste/64alatraste.html>, [Consulta: 10/03/2011].
- BARRANTES-MARTÍN, Beatriz, 2004, "Transformaciones seculares en la ciudad de México: *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco". En *Taller de letras*, núm. 34. BIBLIA, en *Cabtolique.net*, <http://es.catholic.net/biblioteca/libro.phtml?consecutivo=238>, [Consulta: 28/05/2009].
- DELEUZE, Gilles y Claire Parnet, 1996, *Dialogues*, París, Flammarion.
- FOUCAULT, Michel, 1999, *Les anormaux*, París, Gallimard/Seuil.
- FRIIS, Ronald, 2003, "Conspicuous Consumption, Technology and Globalization: Life Aboard Jose Emilio Pacheco's Titanic", en *La Torre: Revista de la Universidad de Puerto Rico*, núm. 33: 435-446.
- GLANTZ, Margo. "Morirás lejos: literatura de incisión", en Verani, Hugo J. (ed.), 1993, 229-237.
- GOMBROWICZ, Witold, 1995, *Ferdidurke*, París, Gallimard.
- GOYTISOLO, Juan, 1964, *Duelo en el paraíso*, Barcelona, Destino.
- GRASS, Günter, 2006, *The Tin Drum*, Londres, Vintage.
- HABERMAS, Jürgen, 1987, *The Theory of Communicative Action*, Cambridge, Polity.
- HARTUNG, John, 2009, "Love Thy Neighbor: The Evolution of In-Group Morality", en *Struggles for Existence*, http://strugglesforexistence.com/?p=article_p&id=13, 25 de mayo de 2009, [Consulta: 10/03/2011].
- HAUSER, Marc D., 2006, *Moral Minds. How Nature Designed our Universal Sense of Right and Wrong*, Nueva York, Ecco.
- JAMESON, Frederic, 1991, *Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham, Duke University Press.
- KOUROUMA, Ahmadou, 2000, *Allah n'est pas obligé*, París, Seuil.
- LYOTARD, Jean-François, 1979, *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*, París, Minuit.
- MCCALLUM, Robyn y John Stephens, 1998, *Retelling Stories, Framing Culture: Traditional Story and Metanarratives in Children's Literature*, Nueva York, Gerland.
- MARTINETTO, Vitoria, 2003, "Principio del placer vs. principio de la realidad: la novela de formación según Pacheco", en *La Torre: Revista de la Universidad de Puerto Rico*, 33, 2003: 317-332.

- MARSHALL, Gordon y Scott, John, 2009, "Narrative", en *A Dictionary of Sociology*, Oxford University Press, <http://www.oxfordreference.com.ezproxy.library.yorku.ca/views/ENTRY.html?subview=Main&entry=t88.e1512>, [Consulta: 10/03/2011].
- NIETZSCHE, Friedrich, 1972, *Ainsi parlait Zarathoustra. Un livre pour tous et pour personne*, Paris, Le Livre de Poche.
- _____, 1989, *La naissance de la tragédie*, Paris, Folio.
- PONIATOWSKA, Elena, 1993, "José Emilio Pacheco: naufragio en el desierto", en Verani, Hugo J. (ed.), 18-34.
- RIDLEY, Matt, 1997, *The Origins of Virtue*, Londres, Penguin.
- RUFFINELLI, Jorge, 1993, "Al encuentro de la voz común: notas sobre el itinerario narrativo de José Emilio Pacheco", en Verani, Hugo J. (ed.), 170-184.
- RIDLEY, Matt, 1997, *The Origins of Virtue*, London, Penguin.
- SÁNCHEZ PRADO, Ignacio M., 2003, "Pacheco o los pliegues de la historia", en *La Torre: Revista de la Universidad de Puerto Rico*, 33: 391-400.
- TREJO FUENTES, Ignacio, 1993, "La narrativa de José Emilio Pacheco: nostalgia por la infancia y la ciudad gozable", en Verani, Hugo J. (ed.), 214-220.
- VERANI, Hugo J. (ed.), 1993, *La hoguera y el viento. José Emilio Pacheco ante la crítica*. México: Era/UNAM.
- _____, 1993a, "Disonancia y desmitificación en *Las batallas en el desierto*", en *La hoguera y el viento. José Emilio Pacheco ante la crítica*, México, Era/UNAM, 263-273.